

los personajes hundidos siempre en las zonas más oscuras del ser, todos rasgos que ya a fines de los veinte anuncian «al hombre anónimo de la modernidad... y prefiguran la crisis actual, su caos, su carencia de valores...»). Finalmente: «Arlt crea un universo desgarrado, caótico... que se resiste a la interpretación». E indica que su mundo es «heterogéneo y ambiguo, y oscila entre el folletín y la aventura»; ambos libros penetran reiteradamente en las que Arlt llamó «zonas de la angustia... con una esencial ambigüedad que es tal vez la nota más constante y cambiante de estas obras» (23).

El segundo capítulo estudia el drama interior de Erdosain, protagonista y narrador principal, cuya psicología esta escindida de modo conflictivo lo cual señala un ser dividido, inestable, enfermizo y angustiado. Como su voz es la principal en la obra (a través de ella recibimos casi la mayor parte de la información sobre el universo ficticio que es la novela), su situación psicológica en constante crisis impregna la totalidad narrada y explica que ésta dé una imagen deforme de la realidad, hostil, recorrida por permanente inseguridad. Arlt da —posiblemente por primera vez en la historia de la narrativa hispanoamericana— una visión subjetiva del mundo en la que impera «un irracionalismo generalizado». Los personajes luchan con sus demonios interiores, la realidad que la obra describe (determinada por la visión de los personajes) no está gobernada por el realismo primario de otrora, ahora está interiorizada y este mundo carga con las notas de «terror», de angustia y de muerte de los mismos personajes (28). El mundo del trabajo —que siempre odió Arlt, observación de enorme importancia por sus consecuencias (29)— denigra y humilla a los personajes y siempre supone «el deterioro del ego social». Corral realiza una cuidada descripción del personaje Erdosain y de su influjo sobre la realidad novelesca total (percepción «oblicua» de la realidad, que es amenazadora, acorralante, pesadillesca, mundo aparte, incomunicado, dominado por un terror que no alcanza jamás a expresarse en términos objetivos). Los personajes son esquizoides (esto ya lo dijo bien Massota), y el principal «loco» es, claro, Erdosain.

El capítulo tercero analiza la figura y el discurso del Astrólogo y la Sociedad Secreta. Al contrario de otros críticos, que siempre concedieron una desmesurada

importancia al análisis ideológico-político de la novela, la autora comienza mostrando cómo en un texto muy poco leído del autor (reeditado en la edición Lohlé de las *Obras*, 1981, largo artículo publicado en 1920) están los antecedentes de su interés por las «Ciencias Ocultas» y el sentido de sus observaciones de tipo político e ideológico. Aquí debemos señalar que, por vez primera, una estudiosa ha logrado deslindar y comprender en profundidad el sentido especialísimo que lo ideológico-político tiene en Arlt. En contra de todo lo que se ha escrito (y se sigue escribiendo, con una profusión alarmante...) Rose Corral demuestra que tratar de encontrar coherencia ideológica y sentido verosímil a este aspecto de la obra arltiana supone una grave equivocación. La autora señala la relación del Astrólogo con el Nietzsche de *Así habló Zaratustra*, e indica que la Sociedad Secreta persigue dos objetivos: la destrucción de la sociedad de explotación capitalista y el restablecimiento de la fe perdida en un dios creador... (54). Corral demuestra que «no se intenta alcanzar racionalmente una verdad» (55) y afirma, con meridiana claridad: «Frente a una crítica empeñada en desentrañar las 'ideas' del autor, hemos creído importante subrayar, a lo largo de este análisis, que las respuestas de Arlt, como ocurre en cualquier auténtico creador, no se dejan fácilmente reducir a esquemas o tesis... Arlt entendió, a fines de los veinte... que las utopías... son y seguirán siendo necesarias al hombre, independientemente de su signo ideológico» (66).

En «Voces: el diálogo posible», Corral echa luz en la repetida calificación de Arlt como «mal escritor» (J. Franco, González Lanuza, Anderson Imbert y tantos otros). La crítica muestra que esto no es así y su capítulo es ejemplar como otro avance clarificador de uno de los aspectos más complejos de la obra estudiada. Elogiable es, además, su profundo análisis del oscuro problema de los narradores de la obra: «A la pregunta básica e inevitable: ¿quién habla en *Los siete locos* y *Los lanzallamas*?... básicamente... Erdosain. El problema surge en cuanto aparece el 'cronista' en el escenario narrativo. A nuestro parecer, la principal ambigüedad se origina aquí no tanto en la oposición... básica entre representación y no representación del narrador, sino en los distintos grados de presencia, participación y compromiso de aquél

con su narración... lo que en el fondo está en juego es la equívoca relación del narrador con la historia que cuenta» (75). Por tanto, hay que leer en la obra otra historia: «... el conflicto de este cronista o narrador fronterizo, a la vez próximo al mundo narrado y distante del mismo, cuya identidad borrosa le permite sin duda una mayor movilidad», (76). Corral además observa, por vez primera, un hecho jamás antes tenido en cuenta: que la historia de Erdosain es narrada desde dos acercamientos contradictorios y diferentes que hacen dudar de la «pretendida unidad de la persona narrativa» (76).

Al comienzo de su libro la autora describe su tarea como «una serie de asedios, distintos acercamientos a las novelas, distintas formas de leer y entender los niveles de ambigüedad que las recorren...». Digamos en primer lugar que la autora lo ha leído todo (todo lo aparecido hasta 1991) y ha sometido cada estudio a un análisis y evaluación dignos de encomio. Alejada del excesivo ideologismo de Pastor, Guerrero o Koczauer y de la forzada politización con que leyeron a Arlt, Viñas, Amicola, Núñez, Masotta, Piccini o Jitrik, la autora ha conseguido llevar adelante una profunda tarea crítica que se distingue por su equidad y sus auténticos avances en asuntos hasta hoy ignorados (así por ejemplo sobre la situación del narrador y las voces narrativas, o sobre la visión del mundo del Astrólogo). En la ya nutrida bibliografía sobre Arlt, este admirable y prudente libro de Rose Corral se distingue por su precisión, su mesura y su auténtica calidad de atender siempre a la obra misma y no a los preconceptos que hasta hoy impidieron la lectura desprejuiciada de un escritor complejo.

Se reúnen aquí en el libro de Quiroga una serie de textos quiroguianos que corresponden a un extenso período cronológico, desde los primeros escritos modernistas (1899) hasta la famosa autodefensa y ataque de 1930, «Ante el tribunal». El volumen se centra en los escritos reflexivos de tipo teórico (teoría de la literatura y de la creación, declaración de principios, poética, predilecciones, opciones, reticencias y olvidos, ataques y defensas, polémicas, imagen social del intelectual, mercado literario, ideas sobre el arte y la literatura). Este tipo de escritos fueron recogidos por Roberto Ibáñez en un volumen de 1970 absolutamente agotado (*Obras inéditas y desconocidas*, t. VII, *Escritos*

*sobre literatura*), y su reedición y anotación cubre una zona necesitada de nuevos análisis.

El prólogo de los colectores debe elogiarse por su claridad, la riqueza de información erudita y crítica y la verdadera «puesta al día» en cuanto a los estudios recientes sobre el período. Colombi y Alberio-Vergara han realizado una tarea difícil, ya que se ha publicado y se siguen publicando estudios sobre esta época de Quiroga y lo más destacable de este trabajo introductor de una treintena de páginas de muy reducida tipografía, es que sitúa a la obra y las ideas del narrador uruguayo en el panorama concreto del período que le tocó vivir (sus relaciones y su situación frente a los modernistas primero, y después frente a los martinfierristas), así como sus relaciones con el mundo de ideas de la modernidad, desde Baudelaire hasta Benjamin.

El prólogo historia el proceso de autoconciencia y análisis que llevó a Quiroga a componer y postular toda una teoría de la creación y la narración (una especie de poética personal que suponía límites, exigencias, consejos a los principiantes, niveles de calidad y fines concretos para su obra). El estudio de los antólogos logra componer un panorama bastante coherente de este aspecto de Quiroga, que un poco se contrapone y completa con el que cierta crítica ha insistido en proponer, destacando solamente el aspecto puramente voluntarista de su obra, dejando de lado las preocupaciones estéticas y los influjos de época, que deben ser tenidos muy en cuenta en el caso del escritor uruguayo.

Los antólogos, además, han anotado inteligentemente casi todos los textos aquí reunidos y han comentado en el estudio inicial ciertas notas importantísimas para comprender y situar a este autor, cuyo costado estético-teórico no ha merecido hasta hoy la atención que merece. En ese sentido queremos destacar —además de la verdadera historia de la conciencia literaria del autor— las observaciones de ambos críticos que permiten echar luz en ciertos aspectos del escritor Quiroga que hasta hoy habían aparecido como oscurecidos por un reiterado «vitalismo crítico» (Jitrik, Rama) que destacaba tal vez excesivamente el costado de «hombre de experiencias», una especie de Robinsón moderno, que iba desde el artesanato hasta la agricultura manual, desde la técnica del taxidermista y herborista, hasta el *pioneer* y que ha oscurecido demasia-

do la imagen necesaria del escritor y del hombre de letras, adjudicando a Quiroga una especie de adanismo crítico-creador, que debe ser corregido. Los críticos citados logran ordenar una serie de textos que muestran toda la evolución (y, especialmente importante, la conciencia constante de Quiroga con respecto a dicha evolución), del hombre de letras, que «En su escritura... realiza el pasaje del modernismo-decadentismo finisecular a la moderna narrativa, heredera en parte del realismo... pero transformado por el dominio de la técnica narrativa y el cambio de competencia y horizonte del público lector. Su pasaje es representativo de un recambio de estéticas, de la superación del 'arte por el arte'... a un arte comprometido con la vida... Para Quiroga, la literatura no es registro naturalista... no es mimesis realista... (es) carnadura de una experiencia transformadora» (9-10).

El prólogo además, y esto era necesario porque el tema no ha logrado la atención crítica que merece, destaca la silenciada y a veces ruidosa polémica constante que enfrentó a Quiroga (e indirectamente a Benito Lynch) con la nueva generación (Borges, Marechal, Arlt, González Tuñón, etc.); así dedican una parte a lo que denominan «Quiroga y la vanguardia: una polémica encubierta». Después analizan la poética del cuento en Quiroga, sus modelos y posibles maestros: la «épica del perdedor», como motivo central de muchos de sus textos; el mercado literario y la situación del escritor. Otro apartado que merecería un estudio de todo el período quiroguiano, es el que los autores dedican a analizar ciertos problemas y temas culturales que preocuparon al narrador y a su generación, y en el que documentan la originalidad o lo polémico de la actitud de Quiroga. Por ejemplo su rechazo de toda actitud deliberadamente preocupada en el futuro de América (América virgen, por ejemplo); rechazó la existencia de un pensamiento sobre América como totalidad, ironizó en torno a las ideas conservadoras y colonialistas sobre América (la Hispanidad, la tradición, todas formas de lo que llamó «el culto colonial»). El hispanoamericanismo, el panamericanismo y el nacionalismo. En este aspecto es singular la importancia de este estudio tan breve porque define con desacostumbrada claridad toda una serie de postulaciones ideológicas del autor de los *Cuentos de la selva*: anarquista, enemigo de toda forma de dictadura o dicta-

blanda (se reía de Mussolini, del hispanismo y de las tradiciones, de Stalin, del comunismo, del catolicismo y de toda forma de imposición de ideas). Y, claro, a través de sus sinceras y abiertas cartas a Martínez Estrada, el escritor de Misiones hacía visible sus desacuerdos con la figura más influyente de los escritores de su tiempo, Lugones. Se destacan las cartas admirativas a narradores coetáneos y semejantes: Lynch y Rivera. Una edición utilísima y un estudio clarificador.

**Rodolfo A. Borello**

## López Andrada: la herrumbre y el resplandor

Situado al norte de la provincia de Córdoba, el Valle de los Pedroches es un pequeño enclave natural que sirve de tránsito entre sierra Morena y la llanura de Ciudad Real, lo que en tiempos pasados contribuyó, sin duda, a una poco común prosperidad agrícola, ganadera, textil y comercial, unas veces en auge y otras en decadencia. Así hasta que, a mediados del siglo XIX, la minería del plomo propició una centuria de esplendor, convirtiéndola en centro de atracción demográfica, lo